

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

AMOR SOBREHUMANO

Cómo puedes conseguirlo
y transmitirlo

LA ÚNICA LEY DE DIOS

La esencia es el amor

LA CENA DE BODAS DEL CORDERO

¡Una fiesta que no querrás
perderte por nada!

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate

Apartado 11

Monterrey, N.L., 64000

conectate@conectate.org

(01-800) 714 47 90 (número gratuito)

(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate

Casilla de correo 14.982

Correo 21

Santiago

conectatechile@mi-mail.cl

(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate

Apartado Aéreo 85178

Santafé de Bogotá, D.C.

conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate

Casilla 2005

Lima 100

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries

P.O. Box 462805

Escondido, CA 92046-2805

info@activatedministries.org

(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe

Bramingham Pk. Business Ctr.

Enterprise Way

Luton, Beds. LU3 4BU

Inglaterra

activatedEurope@activated.org

(07801) 44 23 17

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Doug Calder

ILUSTRACIONES

Doug Calder, Étienne Morel, Hugo Westphal

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 5, NÚMERO 2

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



A nuestros amigos

Mahatma Gandhi dijo en cierta ocasión a James McEldowney, un amigo suyo que estaba de visita en su hogar de Sevagram: «Siento gran respeto por el cristianismo. Leo con frecuencia el Sermón de la Montaña y me ha servido de mucho. No conozco a nadie que haya hecho más por la humanidad que Jesucristo. La verdad es que el cristianismo es intachable; el inconveniente son los cristianos, que distan mucho de vivir conforme a sus creencias». Evidentemente Gandhi no había encontrado a muchos cristianos consecuentes con los preceptos que Jesús transmitió a Sus seguidores. Gran parte del mundo hoy en día coincidiría con esa afirmación del gran patriarca indio.

¿Qué puede hacer un cristiano que se toma seriamente su fe? Ante tan vergonzosa crítica, ¿nos derrumbamos y optamos por no hacer nada? ¿O más bien asumimos al reto?

Demos al mundo algo de qué hablar. Empecemos a vivir como Cristo nos mandó. Demostremos que se puede.

No es tan complicado. En realidad se reduce a un sencillo principio: *la ley del amor*, que Jesús formuló en un par de oportunidades, aunque con distintas palabras. Consiste en amar a Dios por sobre todas las cosas y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37-40), y tratar a los demás como queremos que nos traten a nosotros (Mateo 7:12). Si cada uno de nosotros intentara sinceramente vivir de conformidad con esos preceptos, no cambiaríamos el mundo entero de la noche a la mañana, pero sí mejoraríamos *nuestro* mundo, nuestro pequeño entorno y la vida de la gente con la que trabajamos comunicación. Pensar en remediar todos los males del mundo se nos hace una tarea monumental, una meta inalcanzable. En cambio, no es tan difícil traducir las enseñanzas de Jesús a la vida cotidiana en cada decisión que tomamos, en cada acto de amor que realizamos, en cada conversación que sostenemos, cada gesto de consideración que hacemos. En realidad esa es la vida más gratificante que se puede llevar, porque el amor verdadero conlleva sus propias recompensas. ¡Gobernémonos, pues, por la ley del amor de Dios!



Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

NO PODÍA DEFRAUDARLO

Se cuenta que durante la Primera Guerra Mundial dos hermanos se habían enrolado en el ejército y pidieron ser asignados a la misma unidad. Al poco tiempo los destinaron al frente, a las trincheras. En la guerra de trincheras de aquel tiempo, cada bando cavaba una red de zanjas frente a las líneas enemigas. De tanto en tanto, uno de los dos bandos lanzaba una ofensiva con el objeto de penetrar en las defensas del adversario. En una de tales ofensivas, el hermano menor cayó malherido en tierra de nadie, la peligrosa franja de terreno situada entre las trincheras de uno y otro bando.

Cuando el mayor, que seguía atrincherado, vio el apuro en que se encontraba su hermano, comprendió instintivamente lo que debía hacer. Se desplazó por la trinchera, abriéndose paso entre los soldados hasta dar con su teniente.

—¡Tengo que rescatarlo!
—le dijo.

El oficial le respondió:
—¡Imposible! ¡Te matarán en cuanto asomes la cabeza!

Pero el muchacho se zafó del oficial, que lo tenía sujeto, salió a gatas de la trinchera



y se lanzó en busca de su hermano menor, desafiando el incesante fuego enemigo.

Cuando éste lo vio llegar, le dijo en voz baja:

—¡Sabía que vendrías!

El mayor, que para entonces también había sido alcanzado por las balas, a duras penas consiguió arrastrar a su hermano hasta la trinchera, donde ambos cayeron agonizantes.

El teniente, con los ojos llenos de lágrimas, le preguntó al hermano mayor:

—¿Por qué lo hiciste? ¡Te

advertí que morirían los dos!

Pero el soldado respondió con una última sonrisa:

—Tenía que hacerlo. No podía defraudarlo.

ANÓNIMO (NARRACIÓN DE DAVID BRANDT BERG, D.B.B.)

«En esto hemos conocido el amor, en que Él [Jesús] puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Juan 3:16).

Amor sobrehumano



AM

MARÍA FONTAINE

El mundo se muere por el amor que Jesús predicó y encarnó.

Tener siempre en cuenta a los demás y procurar servirlos, sobre todo cuando ello implica cierto sacrificio, no es nada fácil. Lo más cómodo es ser perezosos, egoístas y egocéntricos. La mayoría lo somos por naturaleza. Nuestra primera reacción generalmente está centrada en nosotros mismos, en lo que deseamos y lo que nos hace felices. Pero si invocamos la ayuda de Jesús y hacemos un esfuerzo, podemos adquirir nuevos hábitos y reacciones automáticas que con el tiempo contribuirán a que seamos más amorosos, amables y abnegados.

Jesús comprende que el amor que nos hace falta para vivir como Él nos ha pedido no nos surge espontáneamente. Sin embargo, eso no es pretexto. El simple razonamiento de que no podamos no quiere decir que Él no lo espere de nosotros. Si lo deseamos con afán y le pedimos ayuda, Él

lo hará por nosotros y por intermedio de nosotros. Le place capacitarnos para entregar amor sacrificada y desinteresadamente. Nos comunicará todo el amor que necesitemos manifestar, pues es Su voluntad que lo hagamos.

En el hombre rige el instinto de preservación, de satisfacción de sí mismo y de procurar su propio bien. El hombre tiene propensión natural a buscar su supervivencia y su propio bienestar antes que los de sus semejantes. En esto, quienes han aceptado el amor de Dios en Jesucristo llevan una gran ventaja, pues la Biblia nos promete: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Metafóricamente hablando, Él nos ayuda a romper esos *circuitos* naturales. Nos renueva las *conexiones* y *reprograma* nuestros pensamientos y nuestro

corazón para que estemos inclinados a cumplir Su voluntad, la cual consiste en amar a los demás.

¡Qué maravilloso es esto! Jesús dijo a Sus primeros seguidores: «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos [seguidores de Sus enseñanzas], si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13:35). En aquella época, el amor que había entre los discípulos de Jesús y el que manifestaban a sus amigos e incluso a desconocidos fue un contundente ejemplo y llamó mucho la atención; y se propagó.

¡Cuánto más prodigioso es ese amor en la era actual, en que la gente vive tan enfrascada en sí misma, en sus propios deseos, necesidades y caprichos, y casi ni se le pasa por la cabeza sacrificarse para manifestar amor al prójimo! Hoy en día existe una necesidad todavía mayor de ver el amor en acción, pues la gente se ha vuelto insensible al cariño que el Señor le prodiga, y que se refleja en las bendiciones que le concede, aun cuando no se las merece (Mateo 5:45).

La necesidad es mayor, pero también lo es el testimonio. Cuando uno ve el amor manifestado de alguna forma extraordinaria de la que se sabe incapaz, enseguida toma nota. No puede negar que semejante amor es algo del otro mundo, y se pregunta: «¿De dónde sacas un amor tan grande? ¿Qué podría hacer yo para ser así?»

El mundo se muere por

el amor que Jesús predicó, encarnó y ahora nos ofrece. Por eso nos invita a acometer la tarea de manifestar amor profundo, abnegado y sin parcialidad a los demás, aunque sabe que semejante amor está fuera de nuestro alcance. Nos resulta imposible brindar esa clase de amor por nuestra cuenta. Si pretendemos obtenerlo por nuestras propias fuerzas, acabamos decepcionados, abatidos y desgastados por el intento. En cambio, si clamamos a Jesús y le pedimos con sencillez el amor que nos hace falta y luego nos mostramos dispuestos, por fe, a traducir ese amor en hechos, Él nos lo prodiga con tal fuerza y abundancia que no nos cabe duda de que estamos en presencia de un milagro.

Para convertirnos en las nuevas criaturas que Él quiere hacer de nosotros, basta con que tengamos una mente y un corazón dispuestos, un espíritu creyente, que oremos y que seamos consecuentes realizando pequeños actos de amor desinteresado. En la medida en que hagamos lo que está a nuestro alcance, nos iremos dando cuenta de que pensamos más en los demás, comprendemos con mayor presteza sus necesidades y nos preocupamos más por su bienestar. De hecho, poco a poco seremos más proclives a abandonar algunos de nuestros planes e ideas por el bien de otras personas, y lo haremos con alegría.

Cuando nos entregamos a los demás, cuando hace-

mos un esfuerzo por ofrecer nuestra amistad a otro ser humano, cuando nos molestamos en conversar con alguien que se siente solo o en confortar a un enfermo, cuando ayudamos a alguien en sus conflictos o hacemos que se sienta necesario e importante, y cuando le indicamos a alguien la fuente —Jesús— de



ese amor extraordinario que transmitimos, sentimos profunda satisfacción, pues todo eso trae consigo una recompensa espiritual. Al realizar esos pequeños actos de amor y abnegación, el Señor nos

bendice muy íntimamente con una alegría que no puede conseguirse de ningún otro modo: la felicidad de saber que hemos sido una bendición para una persona necesitada.

Al ser amorosos, generosos y abnegados, no solo permi-

el cual encontramos en Jesús. Él tiene más amor para darnos del que cabe imaginar siquiera y espera derramarlo sobre nosotros como un torrente. No nos pone otra condición que la de creer que semejante amor es posible, pedirlo, aceptarlo y

mos todo lo que esté a nuestro alcance por cuidar de nuestros hermanos. No reprimamos el sencillo afecto que es tan claro indicador del amor del Señor. Prestémonos a ser el puntal o el paño de lágrimas de alguna persona. No nos apresuremos a sacar conclusiones o a juzgar infundadamente. Concedamos más bien a los demás un margen de confianza. Procuraremos de todo corazón dar buen ejemplo de amor incondicional. Sobrellevemos los unos las cargas de los otros y cumplamos así la suprema ley de Dios: el amor.

—
¿Te gustaría encarnar semejante amor para los demás? Está a tu alcance. Dios lo hizo posible al enviar a Jesús para que entregase su vida por ti. «De tal manera amó Dios al mundo [a ti y a mí], que ha dado a Su Hijo unigénito [Jesús], para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Dios te perdonará todos tus pecados y te dará la vida eterna si aceptas a Jesús rezando sinceramente una plegaria como la que sigue:

Jesús, quiero conocerte. Gracias por morir por mí. Te ruego que me perdones por todas las veces en que he obrado mal. Te abro la puerta de mi corazón y te pido que entres en mí y me des la vida eterna. Lléname de Tu amor para que pueda amar a los demás como Tú lo haces. Amén.

timos que Dios se valga de nosotros para ayudar a los demás, sino que posibilitamos que nos conceda múltiples bendiciones, pues Él favorece a los desinteresados y altruistas. Dios bendice a quienes se entregan a los demás, y en cambio priva de algunas bendiciones a quienes siempre piensan primero en sí mismos e insisten en obrar a su antojo (Proverbios 11:24,25; 13:7).

El amor humano tiene sus limitaciones. Para desarrollar todo nuestro potencial y lograr todo lo que somos capaces de hacer, debemos estar llenos del amor de Dios,

acceder a ponerlo por obra.

Dejemos, pues, que el amor de Jesús reluzca a través de nosotros. Amémonos más unos a otros. Hagamos con los demás lo mismo que nos gustaría que hicieran con nosotros. Manifestemos el amor del Señor demostrando mayor perdón y comprensión, mayor generosidad y apoyo, mejorando la comunicación con los demás y realizando actos cotidianos de amor y desvelo. Dedicuemos tiempo y prestemos oído a quienes lo necesitan. Abramos nuestro corazón a los demás. Seamos prontos para perdonar y olvidar. Haga-



Hacer las PACES

ANDREA CLAY

Tenía apenas 14 años cuando conocí a Gabriel. Él no era mucho mayor y, al igual que yo, pasaba por la difícil etapa de la adolescencia. Nos hicimos amigos y juntos nos divertimos mucho.

No recuerdo qué pasó entre nosotros. Hubo palabras duras y lágrimas. La imagen de él, con el pelo empapado bajo la lluvia y las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, se quedó para siempre grabada en mi memoria. Quise reparar el daño, pero me faltó valor y no supe cómo hacerlo. La situación me parecía demasiado compleja. Nos distanciamos.

Transcurrieron los años y no supe mucho de él. Luego, en abril de 1998, amigos mutuos me hicieron saber que estaba en coma. Había sufrido una caída de unos 30 metros cuando escalaba una montaña. El corazón me dio un vuelco. En ese instante supe que jamás lo volvería a ver. Los médicos se esforzaron por salvarle la vida, pero murió al cabo de unas semanas.

Después de aquel trágico desenlace, por un tiempo me

quedaba despierta de noche, deseando que hubiese podido resolver nuestras diferencias y que hubiésemos seguido siendo amigos. Tenía la certeza de que había perdido toda oportunidad de hacerlo. Me preguntaba si él me había perdonado por el daño que le había causado, si podía observarme desde el Cielo y si comprendía el dolor que azotaba mi alma.

Luego, una noche, me vino la respuesta a mi interrogante. No fue nada largo ni complicado; pero era todo lo que me hacía falta para librarme del remordimiento. Escuché claramente una voz en mi

interior. Era Gabriel que me decía: «¡Siempre te consideraré mi amiga!» En aquel momento supe que todo estaba perdonado. A mi corazón llegó la paz.


Entonces me propuse que jamás dejaría transcurrir un solo día sin hacer las paces con aquellos a quienes ofendiera, por si no se me vuelve a presentar la oportunidad de hacerlo. Hoy podría ser mi única oportunidad de demostrar a alguien que es importante para mí, de decirle: «Te quiero», y hacer las paces.

ANDREA CLAY ES MISIONERA DE LA FAMILIA.

«Yo [Jesús] os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio. [...] Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:22-24).

La diferencia entre guardar rencor y perdonar la ofensa recibida es como la que hay entre recostarse de noche sobre un almohada de espinos y sobre una de pétalos de rosa.

LOREN FISCHER



LA ÚNICA LEY DE DIOS *y cómo observarla*

Uno que era maestro de la ley mosaica —las normas de conducta que Dios estableció para Su pueblo en la antigüedad— le preguntó a Jesús para tenderle una trampa:

—Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

Jesús le dijo:

—«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Y el segundo es parecido a éste, dice: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Estos dos mandamientos son la base de toda la ley y de las enseñanzas de los profetas (Mateo 22:35-40, versión Dios Habla Hoy).

En el pasaje anterior, Jesús enunció grosso modo la ley del amor.

Quien ama a sus semejantes no hace nada que los vaya a perjudicar.

Luego formuló nuevamente el mismo principio en su conocida regla de oro: «Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mateo 7:12), y: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros» (Juan 13:34).

San Pablo se hizo eco de ello cuando dijo: «Toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14).

Estos pasajes de la Biblia sintetizan todas las leyes de Dios y deben regir todo lo que pensamos, decimos y hacemos.

Si los actos de una persona están motivados por el amor desinteresado —el amor de Dios hacia el prójimo— y no pretenden hacer daño a nadie,

coinciden con los preceptos de la Sagrada Biblia y son lícitos a los ojos de Dios. «El fruto del Espíritu es amor [...]; contra [tal cosa] no hay ley» (Gálatas 5:22,23).

Gracias a la salvación y la ley del amor que nos legó Jesús, el cristiano queda libre de los cientos de leyes mosaicas consignadas en el Antiguo Testamento. «La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17).

Claro está que observar algunos aspectos de la ley mosaica es de sentido común y sinónimo de amar al prójimo. Por ejemplo, no debemos matar, ni robar, ni engañar, ni codiciar los bienes ajenos. Quien ama a sus semejantes no hace nada que los vaya a perjudicar. También hay quienes se abstienen de consumir alimentos impuros o de participar en actividades malsanas desaconsejadas por la ley mosaica.

No es de sorprenderse que esa doctrina radical desatara una encendida polémica entre Jesús y los dirigentes religiosos de la época, que se regían precisamente por esa ley. La misma controversia se trasladó después al incipiente movimiento cristiano. Desde sus inicios se generó al interior del mismo un debate entre los que sostenían que el sacrificio de Cristo en la cruz había consumado la ley, liberando a los creyentes de los códigos

del Antiguo Testamento, y los legalistas, quienes creían que seguía siendo necesario adherirse a todas las antiguas ordenanzas.

El libro de los Hechos de los Apóstoles narra que Pablo predicó a los gentiles el mensaje de la salvación en Cristo. Pablo estaba firmemente convencido de que el sacrificio de Cristo en el Calvario cumplía la vieja ley mosaica. Escribió: «Cristo es el fin de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia» (Romanos 10:4, NVI). «Ahora estamos libres de la ley [...]; de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu, y no bajo el régimen viejo de la letra» (Romanos 7:6). «Cristo nos redimió de la maldición de la ley» (Gálatas 3:13).

Hasta el día de hoy algunos siguen promoviendo un cristianismo apegado al Antiguo Testamento. No obstante, un cuidadoso estudio de las Escrituras aclara el espíritu de la ley del amor formulada por Jesús: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:14).

En algunos sentidos, la divina ley del amor constituye un código moral más estricto que las leyes de Moisés. Los Diez Mandamientos prescribían cómo debían comportarse los hombres para escapar de los castigos de Dios. La ley del amor exige mucho más: nos pide que obremos con amor y misericordia.

La salvación no se alcanza

a base de buenas acciones, sino pidiéndole a Jesucristo que perdone nuestros pecados. Él entonces pasa a formar parte de nuestra vida y manifiesta Su amor por medio de nosotros. «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéremos hecho, sino por Su misericordia» (Tito 3:5). «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

Ese amor inspirado por Dios representa un ideal mucho más sublime. La ley mosaica admitía muy poca misericordia o perdón. Se aplicaba la máxima de «ojo por ojo y diente por diente» (Éxodo 21:24; Levítico 24:20). Jesús, por el contrario, ¡hasta llegó a decir que debemos amar a nuestros enemigos, orar por ellos y perdonarlos! (Mateo 5:38-44).

Es más, la ley de Jesús es tan difícil de cumplir que resulta humanamente imposible hacerlo. Solo es factible mediante el amor sobrenatural de Dios, que hallamos encarnado en Jesús.

El amor es lo que debería impulsar a todo cristiano en todo lo que hace. Debemos traducir el amor de Dios en actos de consideración que contribuyan a cubrir las necesidades físicas y espirituales de los demás. «El amor de Cristo nos apremia» (2 Corintios 5:14, Biblia de Jerusalén). •



La CENA de BODAS del CORDERO

Una fiesta que no querrás perderte por nada

JOSEPH CANDEL

¿Qué te parecería asistir a la fiesta de bodas más grandiosa y fascinante que se haya celebrado? Por increíble que te parezca, estás invitado. En realidad, todo el mundo lo está. Solo hay que aceptar la invitación. Pero antes de explicarte cómo se asegura la entrada te voy a contar dónde y cuándo tendrá lugar esa fiesta y lo que puedes esperar que suceda en ella:

Jesús dijo que nada más terminar la segunda fase del septenio en que gobernará el Anticristo, al concluir el terrible período de tres años y medio que se conoce como la Gran Tribulación, Él volvería «en las nubes del Cielo con poder y gran gloria» para rescatar y resucitar a todos los que hayan aceptado Su salvación (Mateo 24:29-31).

Todos los fallecidos que

hayan reconocido a Jesús como Salvador cuando estaban con vida recibirán nuevos cuerpos y se levantarán de sus tumbas. De igual modo, los seguidores Suyos que aún sigan en este mundo serán transformados repentinamente. Y al instante, todos levantarán vuelo para reunirse con el Señor (1 Corintios 15: 51,52; 1 Tesalonicenses 4:16,17).

De ahí, Jesús los conducirá a todos a una gran fiesta, la más espléndida, alegre y emocionante que uno pueda imaginarse, la mejor a la que hayan asistido nunca. En ella verán a Jesús cara a cara y tendrán ocasión de conocer a todos los grandes santos y apóstoles de la Biblia, así como también a muchas otras personas que amaron y aceptaron al Señor cuando estaban en la Tierra.

Esta estupenda celebración —la cena de bodas del

Cordero— tendrá lugar en la ciudad celestial de Dios, un sitio de belleza y esplendor sin precedentes, y viene descrita en Apocalipsis 19:6-9:

[El apóstol Juan relata una visión:] Oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado». Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: «Escribe: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”». Y me dijo: «Estas son palabras verdaderas de Dios».

Habr  risas, canto, m sica, baile y amor para todos. Y por si eso fuera poco, al observar lo que ocurre en ese momento en la Tierra, los salvos van a apreciar más que nunca lo maravilloso que es estar con el Señor en esa gran cena de bodas.

En efecto, justo después que el Señor rescate a los Suyos de la Gran Tribulación, se verterán sobre el Anticristo y sus seguidores las horrendas copas de la gran ira de Dios, las cuales consistirán en plagas como no ha habido nunca en la Tierra (Apocalipsis capítulo 16). Mientras los salvos celebran a lo grande y se lo pasan divinamente all  arriba en su festejo celestial, en el barrio de abajo, en la Tierra, se vivir  un infierno.

En lo que podría interpretarse como una invitación desde lo alto, Jesús nos dice: «Anda, pueblo M o, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; esc ndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que el Señor sale de Su lugar para castigar al morador de la Tierra por su maldad» (Isaías 26:20,21). El Esposo vendrá a buscar a Su desposada, se la llevará a Su cámara nupcial, cerrar  la puerta y ahí celebraremos con él. Mientras tanto los impíos, las huestes que hayan rechazado a Jesús y los seguidores del Anticristo, sufrirán la ira de Dios.

En ese momento, además de reunirse con el Señor para disfrutar de la magnífica cena de bodas del Cordero, los salvos comparecerán ante el tribunal de Cristo para ser recompen-

sados o castigados según sus obras y su fidelidad. De ahí pasarán a ocupar los puestos que Jesús les asigne en Su reino en la Tierra (2 Corintios 5:10; Romanos 14:10,12).

*...la fiesta más
espléndida, alegre y
emocionante que uno
pueda imaginarse, la
mejor a la que hayas
asistido nunca.*



Lo primero que tendrán que hacer es ayudar a Jesús a acabar con el Anticristo y sus fuerzas en la gran Batalla de Armagedón (Apocalipsis 19:11-21; 17:14; 16:12-21). Luego le ofrecerán su asistencia para gobernar a los seres huma-

nos que hayan sobrevivido al Armagedón, los cuales permanecerán aquí durante un período de mil años que se conoce como el Milenio (Apocalipsis 20:6; 2:26; Daniel 7:18).

Jesús dijo: «He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:12). Todos los salvos serán recompensados en el tribunal de Cristo según sus obras. No hay que confundir este juicio y las recompensas de los cristianos con el juicio final de los no salvos, un acontecimiento diferente que tendrá lugar mil años después, al final del Milenio, cuando los no salvos resuciten para comparecer ante Dios en el juicio del gran trono blanco, descrito en el capítulo 20 del Apocalipsis.

 Aceptas, pues, la invitación a la cena de las bodas del Cordero? Si todavía no lo has hecho, simplemente pide a Jesús que entre en tu corazón.

 Quieres recibir también elogios y recompensas? En ese caso, «ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente [...] y a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39). En la Biblia dice que Dios no se olvida de nada que hagamos movidos por el amor (Hebreos 6:10). Tiene un gran libro donde lo apunta todo (Malaquías 3:16,17). Aunque nadie más advierta o aprecie el bien que haces, Dios lo ve y lo recordar .

No vemos entonces en la celebración de bodas más grandiosa y espléndida que haya habido o vaya a haber. •

Mi safari

En compañía de mi hijo Cris, de cinco años, hice un viaje a la aldea de Sintet, en Gambia, donde un grupo de voluntarios de La Familia colabora en la construcción de una escuela.

Hasta entonces yo había disfrutado de los emocionantes relatos de mis compañeros de misión cada vez que volvían de allí. Pero como mis hijitos gemelos ya tenían edad para tomar alimentos sólidos y biberón, vi que podía dejarlos al cuidado de otras personas durante un par de días. Así

que cuando me enteré de que un pequeño grupo tenía que hacer un viaje de día y medio a la aldea, decidí no dejar pasar la oportunidad.

Al día siguiente partimos, listos para la aventura. Cris se sentó en un cómodo lugar que su abuelo —también misionero— le había preparado en el jeep. Durante la mayor parte de la travesía no oí otra cosa que la voz de mi chiquillo, que me preguntaba entusiastamente acerca de todo. «¿Qué es eso? ¡Mira, mami! ¿Puedes tomarme una foto en el termitero?»

La temporada de lluvias apenas empezaba a teñir de un verde exuberante el árido paisaje del África Occidental. El panorama que se extendía delante de nosotros era de una belleza cautivadora, una combinación de ondulantes colinas, arrozales, cocoteros y lagunas. Los campesinos labraban la tierra en paz.

En el camino saboreamos una deliciosa comida típica del lugar, exploramos un

espeso pantano lleno de grandes termiteros y gigantescos baobabs cuyos troncos eran más gruesos que nuestro vehículo.

Al llegar a Sintet por un camino de tierra bordeado de anacardos, divisamos una gran multitud reunida en torno a la escuela. Dos compañeros, Joe y Richard, habían llegado antes que nosotros y ya se habían enfrascado en la tarea de dirigir la construcción. Los niños de la aldea se arremolinaron en torno a nuestro jeep y nos regalaron sus blancas sonrisas. En cuanto Cris se bajó de su asiento, los chiquillos lo rodearon y lo ayudaron a familiarizarse con el lugar.

Los otros niños andaban jugando con autitos hechos de botellas de plástico recortadas, suelas de chancletas y palos. Con su ayuda, enseguida Cris se hizo uno y lo empujaba por los hormigueros y los charcos. Una multitud de niñitos iba tras él.

Por carecer la aldea de electricidad, la mayoría de la gente se acuesta al caer la noche. Nosotros hicimos lo propio en nuestra carpa bajo el cielo estrellado.

El segundo día en Sintet fue tan entretenido como el primero. Preparé los materiales para la clase matutina que iba a dar a los niños, y mi papá me ayudó a buscar un lugar tranquilo donde impartirla, junto a un baobab. Cantamos algunas canciones con expresión corporal y luego les conté el relato de la creación valiéndome de figuras de tela que iba colocando en un tablero forrado con franela. Para ellos eso era alta tecnología. Finalmente repasé algunos temas académicos: los colores, animales conocidos, cómo seguir instrucciones, tarjetas con palabras sencillas, contar hasta diez, etc. Cris se desempeñó muy bien como mi asistente.

Luego los niños nos llevaron a unas praderas donde nos mostraron unos simios enormes en pleno juego y una impresionante serpiente que colgaba de una rama muy alta de un árbol.



Algunos hasta empezaron a decirme mamá; esa era su peculiar forma de agradecer el cariño que les demostramos.

También nos convidaron a una fruta que nunca habíamos visto, que llamaban *tao*. Tenía forma de luna y era amarilla y roja. Para hacerse con la fruta, los niños trepaban a unos grandes árboles y sacudían las ramas más altas. Cuando estaban por empezar, sentí que alguien me tiraba de la manga de la camisa. Me volví para ver quién era. Uno de los niños me dijo: «Debemos salir de aquí. La fruta nos va a caer encima». ¡Y tenía razón! La fruta empezó a llover por todas partes.

Al rato había montones de fruta por todos lados. La siguiente incógnita era cómo acarrearla hasta la aldea. Naturalmente, los niños ya tenían previsto eso también. Se alzaron la camisa para formar pequeñas bolsas donde metieron la fruta. Total que cargaron todo lo que no nos habíamos comido y partimos de regreso a la escuela.

Algunos de los chiquilines se quedaron conmigo y con Cris hasta el final de nuestra visita. Al principio muchos se mostraban endurecidos a raíz de las penurias que pasan a diario. (A veces son capaces de soportar un dolor atroz sin derramar una sola lágrima. Y si lloran, es apenas por un instante.) A medida que los fuimos conociendo más nos dimos cuenta de que detrás de su aparente insensibilidad se escondía un corazón muy tierno y ávido de amor. Cris y yo les dedicamos toda la atención que pudimos. Algunos hasta empezaron a decirme *mamá*; esa era su peculiar forma de agradecer el cariño que les demostramos. Para mí eso fue tan gratificante como ver los progresos que se hacían en la construcción de la escuela.

La visita se nos hizo cortísima. En un abrir y cerrar de ojos estábamos de vuelta en casa. Mi viaje a Sintet con Cris fue una experiencia cultural como ninguna que haya tenido antes (y eso que conozco toda América del Sur menos cuatro países y me he recorrido toda América del Norte).



Lo que singularizó esta visita fue que compartí la experiencia con mi hijo. Aprendimos mucho juntos y tuvimos vivencias que la mayoría de la gente apenas lee en libros de texto o ve por televisión.

Sin embargo, no hace falta viajar a una remota aldea africana para vivir una auténtica experiencia cultural ni para tender una mano a quienes padecen necesidad. Hoy en día esto es factible en cualquier parte. La mayoría de las ciudades modernas constituyen crisoles étnicos en los que todos tienen algo singular que aportar. Lo único que hace falta para cultivar nuevas amistades es una pizca de iniciativa. Y con un poco de amor e interés se pueden amalgamar todos esos mundos.

LAILA ENARSON ES MISIONERA DE LA FAMILIA EN GAMBIA (ÁFRICA OCCIDENTAL).

¿Por qué formuló Dios los Diez Mandamientos y todas las otras leyes de Moisés?

Dios nos dio las leyes de Moisés para demostrarnos que éramos pecadores, pues «por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3:20). La Biblia aclara que la estricta ley mosaica fue nuestro ayo (instructor) para enseñarnos la diferencia entre el bien y el mal (Romanos 3:20) y nos convenció de que tenemos que acudir a Dios en busca de misericordia y perdón (Gálatas 3:24).

Amén de esto, la ley es el medio del que se vale Dios para regular a los inicuos, a los que optan por no vivir con arreglo a la ley del amor. «La ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores» (1 Timoteo 1:9).

Pero una vez que «volvemos a nacer» por obra del Espíritu del amor de Dios (Juan 3:3) y nos convertimos en «nuevas criaturas en Cristo Jesús» (2 Corintios 5:17), se nos exime de la antigua ley mosaica. «Venida la fe, ya no estamos bajo ayo» (Gálatas 3:25). «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36).

¿Eso significa que no hay ya ninguna ley divina que el cristiano deba observar?

Si bien el cristiano ya no está sujeto a la ley de Moisés, habiendo aceptado a Jesús y nacido de nuevo queda sujeto a una nueva ley, mucho más estricta en realidad: la divina ley del amor, definida por Jesús en Mateo 22:37-40.

Entonces ¿el cristiano puede hacer lo que le plazca, en el momento en que le venga en gana?

No. La ley del amor no nos confiere una libertad egoísta e irresponsable en detrimento del prójimo. Al contrario: estamos obligados a amar a los demás. Si la cumplimos, todas nuestras acciones se regirán por el amor. «El amor no hace mal al prójimo» (Romanos 13:10). Es decir, no haremos nada a nadie que no querríamos que nos hicieran a nosotros.

En la ley mosaica todo se reducía a «ojo por ojo, diente por diente» (Éxodo 21:

24; Levítico 24:20). Jesús fue mucho más allá. Dijo:

«Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mateo 7:12). En eso consiste la ley de amor.



Si la única ley de Dios es el amor, ¿podemos hacer caso omiso de las leyes de los hombres?

¡Claro que no! La ley del amor no nos exime de respetar las leyes que imperan en la sociedad. Al revés. La Biblia nos exhorta a acatar la autoridad del gobierno (Romanos capítulo 13; Tito 3:1) y «estar en paz con todos los hombres» (Romanos 12:18).

Una vez que «volvemos a nacer» por obra del Espíritu del amor de Dios y nos convertimos en «nuevas criaturas en Cristo Jesús», se nos exime de la antigua ley mosaica.

¿No sería fantástico...

...que todos siguiéramos los preceptos de Jesús, que dijo: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»? (Mateo 22:39). Lamentablemente, cuando uno no trata con mucho amor a los demás, se acarrea dificultades. Y es lógico.

Se dice que todos los males del mundo actual son causados por la falta de amor de los hombres para con Dios y sus semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan compleja y confusa como la actual. Amar a Dios nos capacita para amarnos unos a otros. Hasta nos lleva a respetarnos como criaturas Suyas. Y si seguimos Sus normas de vida y libertad, todos pueden estar bien y alcanzar la felicidad en Él.

Pide, pues, a Dios que te ayude a amar a tu prójimo con el amor que Él te comunica. Y recuerda que el *prójimo* es cualquiera que se cruce en tu camino y necesite tu ayuda, sin consideración a su raza, credo, color o nacionalidad.

D.B.B.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

La ley de Cristo

La salvación es únicamente por gracia, no por obras.

Romanos 3:28

Efesios 2:8,9

Tito 3:5a

La ley mosaica era un código de justicia y castigo muy estricto.

Éxodo 20:2-17

Éxodo 21:23-25

Deuteronomio 27:26

Hebreos 10:28

Santiago 2:10

La ley mosaica cumplió su finalidad.

Romanos 3:20b

Gálatas 3:24

La ley mosaica fue por un tiempo nada más.

Gálatas 3:19,23

Hebreos 7:18

Hebreos 9:10

Hebreos 10:1

1 Juan 2:8

Era imposible guardar la ley.

Juan 7:19

Hechos 15:10

La ley del amor, conocida también como la ley de Cristo, sustituye para los cristianos a la ley mosaica.

Jeremías 31:31-33

Romanos 8:1,2

Romanos 10:4

Colosenses 2:14

El Espíritu y la verdad de Jesús nos otorgan libertad.

Juan 8:36

Gálatas 5:1

En la actualidad el mandamiento es amar a Dios y al prójimo.

Mateo 7:12

Mateo 22:36-40

Romanos 13:8

Romanos 13:10

Gálatas 5:14

Santiago 2:8

Toda acción llevada a cabo con amor puro y desinteresado es lícita.

Gálatas 5:22,23

1 Corintios 6:12

Tito 1:15a

Sólo Jesús nos puede dar fuerzas para vivir Su ley.

Juan 15:5b

Filipenses 4:13

2 Corintios 5:14a

2 Corintios 12:9



Mi amor

Mi amor es paciente y comprensivo en un mundo intolerante; es tierno y gentil en un entorno en el que imperan la frialdad y la dureza de corazón. Mi amor consuela en el dolor y la soledad. A los que están confusos, les aclara los pensamientos; ofrece reposo al cansado, ayuda al impotente y renovadas fuerzas a quienes se sienten incapaces de continuar. Mi amor infunde paz en tiempos tormentosos.

Mi amor puede sanar a los dolientes y aliviar sus penas y sufrimientos. Mi amor disipa la tensión, las preocupaciones y el estrés. Mi amor cambia el temor por fe y valor, e infunde esperanza a quien no le queda ninguna. Mi amor es luz que ahuyenta las tinieblas. Desciende al más profundo abismo para salvar, llega a cualquier extremo para rescatar. No se detiene ante nada. No hay problema que no pueda resolver.

Mi amor es un obsequio que te hago. Siempre ha estado a tu disposición y siempre lo estará. ¿Lo aceptas?